

Irina Garbatzky.  
Los ochenta  
recienvivos. Poesía  
y performance  
en el Río de la  
Plata. Rosario:  
Colección  
Ensayos Críticos.  
Beatriz Viterbo  
Editora, 2013,  
360p.

---

Ana Gisela Laboureau es docente de grado y posgrado en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA. Coordina el Programa de Actualización en Sociología del Diseño (FADU-UBA). Se desempeña como investigadora en el Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Su área de trabajo como docente e investigadora se centra en la sociología del arte, la cultura y el vestido.

Contacto: [anagiselalaboureau@gmail.com](mailto:anagiselalaboureau@gmail.com)

Gisela Laboureau

La autora nos advierte desde el inicio de la lectura que aún teniendo un registro absoluto y minucioso de las performances, éstas tampoco estarían allí. No es un problema temporal, ni es un problema técnico, es simplemente que aquello no estaba “hecho para perdurar”. Como en una travesía, el lector se encuentra alertado, se nos dice como en un susurro: “la resistencia al archivo es una característica del objeto”. Sugestiva y perturbadora enunciación en un tiempo donde todo parece desesperadamente ansiar quedar atrapado en el afán de una memoria indeleble. Ardua tarea es la que se propone emprender.

Irina Garbatzky construye con la habilidad de la artesana y la rigurosidad de la investigadora un tejido donde la poesía se liga a la performance y a la teatralidad. En este entramado se instala el desafío que la autora sortea de un modo absolutamente estimulante. Su escritura en el registro del ensayo, se convierte en un encuentro amoroso de intensidades que el lector agradece a cada momento. Nos volvemos así, viajeros instalados en el tiempo de la reconstrucción de lo ausente, efímero y evanescente con la melancolía de que algo se ha perdido para siempre, que es irrecuperable, pero al mismo tiempo con la más pura belleza de lo imposible al creer reencontrarnos con algo de lo perdido, como si en la fuga siempre quedara un lugar para la prolongación de la vida.

Construida como categoría de análisis, lo “paracultural” nos permite comprender la posición que da cuenta de los devenires de esos artistas rioplatenses; Batato Barea, Emeterio Cerro, Marosa Di Giorgio y Roberto Echavarren extraen su potencia de un cuerpo que goza de sí mismo en una suerte de plena potencia de afectación poética, de este modo nos adentramos en sus derivas. Una afectación que tiene siempre su condición de posibilidad en el cuerpo, Spinoza no dejaba de asombrarse y preguntarse: qué puede un cuerpo en acción y en potencia.

En el trabajo de Irina resuena la vitalidad de aquella pregunta. Si de alguna manera la condición del cuerpo es verse afectado por todo tipo de fuerzas externas, es también en dicha condición que necesita rechazar o protegerse de

GISELA LABOUREAU

aquello que tendería a destruirlo completamente. Cuando lo que se busca es la impotencia del cuerpo la aparición de estos performers, capaces de construir nuevas afectividades, puso en juego una política del cuerpo que permitió formas-de-vida desde el interior de lo que se buscaba vaciar. Resistiéndose a invocar prácticas que los colocasen en el lugar de las formas, ya que corrían el peligro de verse reducidos nuevamente, se lanzaron a explorar las potenciales dimensiones del cuerpo, de una vida singular sin sed de verdad, ni de juicio, haciendo estallar un modo de representación del mundo, allí donde estaba acorazado. El cruce de diversas disciplinas generó procedimientos de deconstrucción, desmontaje, alteración de las formas, provocando de un modo sugerente una performatividad que diluyó los compartimentos en los cuales las disciplinas se encuadraban prolijamente. Seres de atmósfera propia: clown-travesti-literario/glam, andróginos rockeros/niña dark/ marioneta-títere, son sus devenires los que producen el agenciamiento que se despliega en aquel entramado *underground*, o “engrudo”, como preferiría llamarlo Fernando Noy.

Irina nos propone pensar la performance poética como obra-vivencia. El *performer* no es la puesta en escena de un actor interpretando un personaje sino que se presenta a sí mismo. Poesía, performance, teatralidad: espacios rituales y sagrados, espacios privilegiados para la experimentación pero que se extienden mucho más allá cuando es la vida la que sufre estados alterados, cuando es sacudida por temblores, rozando las intensidades que desbordan las formas, movilizándolo y jaqueando el lenguaje hegemónico. Como si el “cuerpo no aguantase más”, fatigados, llegando a “tartamudear en la propia lengua” destellan un estilo diría Deleuze, aquel que no representa a una escuela o un movimiento sino que se vuelve una necesidad de reinvención del presente a través de los modos más insólitos para ensayar así su bifurcación loca. Irina pone luz en este embate vital y visceral, donde se pone en juego el cuerpo, la poesía y las pasiones porque lo que está presente es la propia existencia orientada a la experimentación-creación-resistencia que está en consonancia con esa libertad que logra

su apertura. En un espacio que siempre está desterritorializándose, que ha dejado de contener cualquier linealidad o verticalidad. Estando en el límite estos artistas siguieron empujándolo hacia su propio afuera, abrazando un camino en la literatura y en la vida capaz de liberarla de aquello que la hacía invivible. Sus desplazamientos dan cuenta de sus permanentes movimientos donde podemos prefigurar un mapa que no es el territorio aunque los artistas del corpus sean rioplatenses, están “fuera de lugar”, están “entre”, sin principio ni final, aconteciendo como en un virtual, como en un pliegue que posibilita una resistencia a la historia del disciplinamiento del cuerpo, de su violenta normalización. La ilustración de tapa, nos deja ver las piezas de un cuerpo desmembrado y una etiqueta escolar. En el interior encontramos una suerte de retorno infantil que se resiste al etiquetado. Son sus multiplicidades las que crean lo posible, no como algo dado sino como aquello que hace falta crear. Cuerpos en estado embrionario, que asumen un carácter ambivalente e inclasificable, y solo de este modo en una condición de imperfección pueden volverse permeables a las fuerzas extranjeras que los habitan. “Los ochenta recién vivos” es una expresión tomada por la autora del “Manifiesto del desecho” de Emeterio Cerro. Dedicatorias que siempre comienzan del siguiente modo: “Caigan estos versos en las manos de...” No parece fortuito que en alguna de ellas aparezca el nombre de “Don Gombrowicz”? para quien reivindicar la inmadurez es encontrarse en un estado embrionario que no ha tomado forma alguna, por lo cual necesita lanzarse permanentemente a la creación de su presente. Como seres que habitan el mundo por primera vez, no es la repetición, no es la destrucción por lo nuevo, es una actitud estética creadora que se hunde en sus propias huellas. La libertad de “seres todavía por nacer”, “recién vivos” o “desechos” donde la vida no cuajó del todo para alcanzar esa región de intensidad no solo en el cuerpo, sino en el encuentro recíproco. Como si las soledades de los exilios (sobre todo sexuales), de los insilios, se vieran pobladas de solitarios que van enlazándose, enganchándose, enmarañán-

GISELA LABOUREAU

dose, produciendo sus simpatías en ese deseo de comunidad de aquellos que no la poseen pero que se saben parte del mismo grupo de sobrevivientes. Anunciando otra comunidad de cuerpos, de solidaridades, trazando un puente con el pasado errante de la bohemia, este colectivo de singularidades “paraculturales” se puso en marcha experimentando la distancia y la cercanía con las vanguardias, en un juego sutil de resonancias que dialoga con lo propio para alumbrar sus enlaces ocultos y en estado de tensión con el contexto que los vio nacer. Encuentros microsociales, que producen y construyen lazos de cooperación e intercambio caracterizados por una impronta festiva, donde el humor se vuelve central para crear un estado, un gesto como un destello que irá produciendo un espacio compuesto de fragmentos y de los resquicios desquiciados de las voces que desafían a las formas fosilizadas que hubieran querido atrapar toda esta barbarie dionisiaca, esa potencialidad demasiado viva y escurridiza que se había lanzado al mundo para afectarse de todo lo que se le quería negar.

Con emoción estamos en presencia de una investigación que ha tomado la forma de un libro, hecho de líneas, con múltiples entradas y salidas, construido de un modo desmontable se abre hacia su afuera. En el cual se inscribe una promesa de lectura que vislumbra un pacto de encuentros. ¿Cómo considerar un libro? se preguntaba Deleuze (1997, 16): “como una máquina asignificante cuyo único problema es si funciona, y la pregunta es: ¿cómo funciona para ti? La lectura lo es en intensidad: algo pasa o no pasa”. Aquí: “Los ochenta recién vivos. Poesía y performance en el Río de la Plata”. No me quedan dudas. En la escucha del rasguído casi imperceptible de sus páginas, cuando se vuelven sobre sí mismas para dar paso a las siguientes, algo sucede con absoluta intensidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Deleuze, Giles. *Conversaciones*. México: Pre-textos, 1997.